



De actualidad

El sentimiento de interinidad

¿Decíamos... ayer?, no ayer precisamente, pero sí en nuestro último artículo, que lo de la interinidad no es una categoría que dependa de la duración y que cabe una interinidad muy larga y hasta vitalicia o de por vida.

Lo interino es lo que se considera del interin, una transacción. O si comparamos la historia—la historia política en nuestro caso actual— a un drama—y es a lo que mejor que se le puede comparar, lo interino, es el entreacto. Y un entreacto puede durar más que un acto cualquiera. Sobre todo si entretanto se le entretiene al público, mientras se cambia las decoraciones, se prepara la tramoya y cambian de caracterización y descansan los actores, con algo de música y, si es preciso, con unos juegos de manos y malabares que haga desde el proscenio un juglar. O que salga un actor supernumerario a recitar algún versito. El drama, en tanto, se interrumpe.

Y del mismo modo la interinidad trata de interrumpir la historia y aunque no lo consiga. Porque la historia sigue, el drama no se interrumpe. Y a las veces llega una muerte que no es puramente escénica, que es de verdad. A las veces invade el escenario, el tablado del retablo, una muerte de verdad. Más de verdad que la de "Un drama nuevo" de Tamaro. Y es el fatídico desquite de la interinidad.

No sabemos cuanto podrá durar todavía—¿durar, eh? y no vivir, porque no vive, pues no cambia ni se renueva—el régimen bajo que vive España, pero dure lo que durare, días, meses, años o siglos, es interino y se siente tal, lo repetimos. Siente su interinidad. Y procede, en consecuencia, como si hubiese de sucumbir mañana.

Lo propio del que siente la interinidad de un cargo es que se conduce en él como si se lo hubiesen de quitar mañana y a lo sumo trata de aprovecharse de la sensación de inseguridad que a la de interinidad acompaña. En el entreacto se trata de en-

retener al público y de entretenerse uno con algo que no necesita tener conexión ni con lo precedente ni con lo subsiguiente, con algo que no entra en el drama, con algo de salir del paso.

Hace ya años que tenemos la abrumadora sensación de que en el Reino de España se trata de esquivar la historia, no se quiere entrar en el drama, se intenta vivir en perpetuo entreacto, con piecitas de música, juegos de manos y "varietés" de todas clases. Y lo que se representa, cuando ya no hay más remedio que levantar la cortina porque el público se impacienta, es de género ínfimo, y algo como eso que se solía llamar "revistas". Sólo que de pronto, contra la voluntad de los actores, la tragedia se mete en escena y se ensangrienta el tablado.

Pero viene lo más trágico, lo terriblemente trágico, y es que una vez limpiado y fregado de su sangre el escenario, sigue... la interinidad de la farsa.

Y hay otra cosa más trágica aún y es que los cómicos, que lo son de oficio y por la paga, sin vocación ni gusto artísticos a menudo, tienen que representar papeles de interinidad y en un drama que no lo es. Al que quisiera hacer drama de verdad le despediría el empresario.

Cuando consideramos los papeles que tienen que hacer algunos de nuestros actores políticos al servicio de la Empresa Maese Pedro y Compañía, nos acordamos de aquel terrible paso cómico—de un cómico ferocemente trágico—del "David Copper Field" de Dickens, cuando Mr. Micawber, preso por deudas, exclamaba: "Devolvedme mi mujer, devolvedme mi familia; sustituid a Micawber por el desdichado que se pasa al presente a mis pies, llamadme a tragar mañana una espada y lo haré. ¡Y con qué apetito!" El pobre Micawber estaba dispuesto para ganarse la vida a tragar, como un saltimbanqui de corrillo, la espada. Y agregaba con trágica comicidad: "¡Y con qué apetito!" Tremendo pasaje de la novela dickensiana, que solemos recordar al ver a ciertos actores políticos de nuestro tablado, de los que actúan al servicio de la Empresa Maese Pedro y Compañía, tragarse espadones. Y se nos vienen entonces a la memoria las palabras de Mr. Micawber: "¡Y con qué apetito!"

El pasaje es, como todo pasaje de

una eterna obra de arte, simbólico. No es que lo quisiera así Dickens, pero lo es.

Hay en política un apetito de tragar espadones y este apetito se ejerce en los entreactos y por los que viven uncidos a la interinidad. Porque la escena de tragarse la espada el saltimbanqui de corrillo no forma parte de drama alguno. Cae fuera de la historia. Y no basta para ello tragaderas y apetito; es menester, además, sentirse incapaz de representar el drama, de actuar en la historia. Lo cual, aunque a primera vista no lo parezca, tiene estrechísimo enlace con el deprimente sentimiento de la interinidad. Un interino se traga todo género de espadas, de acero o de hojalata.

MIGUEL DE UNAMUNO

